

como la escuela aristotélica era muy especialmente para Grecia, la escuela estóica estaba muy especialmente destinada para Roma. La severidad de su carácter, la grandeza de sus principios, la elevación de sus miras, la universalidad de su espíritu, hacían la escuela estóica muy idónea para concertarse con el fin general de Roma y grabar en el espacio la idea de su derecho. Y así como la escuela aristotélica estaba destinada principalmente á Grecia, y la escuela estóica principalmente á Roma, la escuela platónica estaba destinada principalmente al mundo oriental. El espiritualismo de Platon; su mirada de águila que se perdía en el eterno sol de lo absoluto; el vuelo de su espíritu, que se cernía sobre la creación; la idea que presentaba de la naturaleza cayendo como una eterna catarata del seno de Dios en los infinitos espacios; sus tipos de la verdad y de la hermosura y de la bondad, teología tan en consonancia con la base de las teogonías antiguas; su imagen del alma caída del cielo en la tierra como un reflejo de la eterna luz, como un átomo de la eterna sustancia; su Dios levantándose sobre los soles y los mundos, sobre la naturaleza y el espíritu; sus genios, sus ángeles que llenan el espacio que media entre el Creador y la criatura; sus logos, su eterna palabra, que da fuerza á la creación, vida á todas las cosas; su amor inmenso y puro que llega hasta convertirse en el misticismo; su contemplación de Dios que raya en el éxtasis; su idea de la sustancia tan cercana al pensamiento espiritualista, su lenguaje iluminado, elocuentísimo, toda su vida, todo su genio, todo su espíritu debían herir el alma del Oriente.

En efecto, cuando el Oriente oía el lenguaje de aquel ángel, que semejaba un sacerdote huido de sus templos, le escuchaba estático cual si hubiera encontrado su propia alma, sus propias creencias entre las espesas tinieblas del paganismo. ¿Quién le había enseñado á hablar de un Dios eterno, realidad perfecta de la hermosura, del bien y de la verdad? ¿Quién le había revelado la esencia de toda la verdad? ¿Quién le había enseñado las legiones de ángeles, descendiendo del cielo á sostener la tierra, á iluminar los astros, á llevar en sus alas á Dios el aroma de todas las cosas, el cántico de todos los seres? ¿Quién le había dicho que el alma del hombre está desterrada en la tierra, que anda errante por un mundo que no es su mundo, y que toda su ciencia, toda su poesía, todas sus virtudes son como recuerdos de su eterna patria, que se oculta en el cielo? El Oriente debía encontrar en Platon un reflejo de su genio, un eco de su palabra, un recuerdo de todas sus doctrinas. Y al mismo tiempo la escuela platónica, al encontrarse con

las teogonías orientales, con sus grandes ideas sobre el Creador y la creación, con un misticismo exaltado y estático, con sus esperanzas sobre otro mundo mas hermoso y mejor, con sus pensamientos sobre la nada de esta vida, con sus aspiraciones á penetrar en el seno de Dios, á confundirse en su esencia, debía decir del Oriente lo que decía César: "Solo hay espacio para trabajar en el Asia." Y así el platonismo y el Oriente formaban una nueva fase de la vida del espíritu.

Y esta gran trasformación necesitaba no solo el espíritu oriental, sino tambien el espíritu griego. La filosofía griega había ido cayendo poco á poco en el puro positivismo. La vida práctica era toda su vida, la ley moral toda su ley. Cada día había cerrado mas estrechamente el horizonte de sus indagaciones y de sus ideas. Ya no se levantaba como en otro tiempo á contemplar el cielo, ya no sentía ese amor infinito que había sido como la esencia de su alma. Bien hallada en la tierra, se limitaba á conducir al hombre por el mundo práctico, á darle la ley para su vida de un día. La base de toda ciencia se había perdido, la metafísica. Pero apenas el espíritu oriental se acerca al espíritu griego para interrogarle y pedirle la misteriosa clave de su ciencia, el espíritu griego se exalta, crece, y vuelve á entrar triunfante en la esfera de la metafísica, y vuelve á interrogar al genio del idealismo, á Platon. La misma escuela estóica que parecía bien hallada con el carácter positivo y práctico de la filosofía, rejuvenece al soplo de esta nueva vida, y puede bafiar su idealidad de virtud y de ciencia en el dulce aroma de la verdad infinita, del sublime amor. Y así notadlo, señores, en toda esta época que vamos á historiar, las escuelas griegas callan, y dejan hablar á su antiguo oráculo, á Platon. El aristotelismo abandona las imaginaciones metafísicas y se guarece en el seno de las ciencias naturales. El estoicismo se refugia en el fondo del derecho romano, y lo transforma con su savia. Pero todas las escuelas, en lo que no tienen de metafísica, se enlazan con Platon, que las lleva al manantial de la verdadera vida, al seno misterioso del Oriente. La filosofía, pues, tendía al idealismo. Del seno de la naturaleza se levantaba al hombre, y del hombre á Dios. Tales, Sócrates y Platon representan toda esta admirable evolución del pensamiento humano.

La conciencia universal tendía, como hemos dicho, al idealismo. El mundo conocía muy bien que iba á consumirse pronto, muy pronto, una revolución religiosa. Y en esta revolución religiosa trabajaban



todos, unos con conciencia y otros sin conciencia de su trabajo. La humanidad dejaba caer la espada de Roma tinta en sangre, la lira de Grecia rota de dolor, y fijaba sus ojos, arrasados de lágrimas, en el cielo. Conocía que en el seno de sus inmensos imperios, en el fondo de sus antiguas instituciones, en el ara de sus templos no se encontraba ya la vida, y ansiosa de respirar y anhelante de la nueva luz, convertía su pensamiento al Oriente. El misticismo era la ley de todo este siglo, el carácter de toda esta edad. El hombre se sentía infeliz; una continua tiranía pesaba sobre todas las almas, una desgracia universal sobre todos los pueblos; las razas habían sido dispersas, los hogares profanados, las naciones borradas, los dioses de todos los cultos se hallaban poseídos de una tristeza infinita, nuncio de su muerte; los sacerdotes de todas las religiones antiguas buscaban en vano calor en las paganas cenizas del sacrificio, la naturaleza se despojaba de sus divinidades como el árbol helado por el aterido invierno se desnuda de sus hojas, y un llanto universal, y un sollozo infinito se oía por todas partes; y en tal desolación, y en tan intensa y amarguísima amargura, el hombre se refugiaba en el único asilo de su alma, en el único lenitivo á su dolor, en el seno del misticismo. Todo tiende al misticismo en esta época. El aristotélico compone, con las notas perdidas de los ecos de la naturaleza, un cántico á su Dios; el estóico explica un ser universal que envuelve la vida como la atmósfera envuelve la tierra; el epicúreo quiere gustar un amor infinito, hasta un placer inexplicable, el placer que debe sentir la vida al animar todas las cosas; el pagano mismo anhela que sus dioses pierdan su antigua ligereza, su clásica alegría, y se conviertan en idea, en espíritu, en símbolos de moral; el mundo entero se deja llevar al misticismo, y Platon lo lleva como de la mano al eterno templo del misticismo, al Oriente. Pues bien, señores, la exaltación de este misticismo, á un tiempo oriental, platónica y cristiana, es otro de los caracteres de las escuelas gnósticas.

Pero al mismo tiempo que el Occidente buscaba al Oriente por medio de sus filósofos, el Oriente buscaba el Occidente por medio de sus teólogos. El alto Oriente había quedado perdido en la noche de sus misterios. El nuevo día que brillaba en los horizontes de la historia no había podido penetrar las espesas paredes de su templo; y allí adoraba sus antiguos dioses en el instante mismo en que estos dioses habían perdido su vida y su espíritu. Por consiguiente, la India, reclusa en su gigante naturaleza, no había despertado de su eterno ésta-

sis, no había salido de su místico arrobamiento. Pero así como el Occidente tenía en Grecia un intérprete, el Oriente tenía en Judea un oráculo. Al fin de la historia y de la vida oriental, el pueblo judío se levantaba á revelar al mundo los secretos del Oriente. El pueblo judío había recorrido con la cadena al pié todos los imperios orientales; probado con toda suerte de tribulaciones por su Dios, había padecido el mal de la servidumbre en Babilonia, en Ninive, en la Caldea, en la Persia. Y si bien había conservado su Dios en toda su pureza, con esa constancia que fué el secreto de su maravilloso destino, había aprendido á conocer también la naturaleza de los pueblos, sus tiranos y sus enemigos. Además, el pueblo judío había de heredar á todos los pueblos orientales, porque aparte de su carácter religioso y de las promesas del Eterno, era el pueblo más libre del Oriente, y la libertad es como la sal que purifica y conserva nuestra vida. No existía en el seno del judaísmo esa teocracia absorbente, dominadora, que ocultaba sigilosamente á Dios en el fondo de su templo, y la verdad en lo más oscuro y más recóndito de su conciencia; esa teocracia, que atenta á su dominación temporal, consumía la existencia forjando cadenas, remachando hierros; no, no existía esa teocracia; allí, en los montes, en las plazas, entre las muchedumbres, nacían grandes profetas, tribunos de la verdad, que hablaban el lenguaje de la elocuencia, que protestaban contra las tiranías de los reyes, que presentaban como títulos de su doctrina y de su ciencia la inspiración del espíritu divino, siempre pronto á centellear en la conciencia del virtuoso y del cumplidor de sus mandatos. El espíritu de este pueblo, siempre trabajando sobre las ideas religiosas, debía elaborar un gran pensamiento que fuese como la síntesis del Oriente y el lazo de su unión con Grecia.

El primer ensayo de unión entre el espíritu oriental y el espíritu se personifica en Aristóbulo. Este filósofo conoce que la vida del Oriente necesita reunirse con Grecia, si el Oriente no ha de morir consumido al pié de sus altares. Y para unir el Oriente con Grecia, lejos de buscar una síntesis espiritual, trata de probar que un mismo espíritu ha animado la teología de los dos pueblos. La fusión entre el Oriente y Grecia no puede celebrarse en Aristóbulo. Era preciso que el anillo nupcial fuese bastante á unir los dos continentes en el espacio las dos edades divorciadas en la historia. Y Aristóbulo quiere unir la escuela peripatética, positiva, práctica en el espíritu mismo del Oriente. Mal podían avenirse el silogismo y la intuición el racio-



cinio y el éxtasis. La union era indispensable y se habia de cumplir, porque estaba en la ley lógica y real de esa edad; pero la ley no podia cumplirse de ninguna suerte bajo esa fórmula. Era necesario buscar otra síntesis. El espíritu humano la encontrará, porque el espíritu humano tiene una vida inagotable.

Para dar la fórmula de la union, que á un tiempo mismo se verificaba en todas las esferas de la vida, aparece Philon, de origen judío. El movimiento de la filosofía griega hácia el Oriente se realiza bajo los auspicios de Platon, y el movimiento del Oriente hácia Grecia se realiza bajo los auspicios de Philon. Su alma toca en los misterios mas sublimes y mas augustos de la Biblia, y en las verdades mas prácticas y positivas de la filosofía. A un tiempo reúne aquella exaltacion religiosa, sin la cual no era posible ser judío, y aquella sutileza de raciocinio, sin la cual no era posible ser griego. En Grecia parece uno de aquellos sacerdotes que reveló á Pitágoras las armonías encerradas en los números, y las cadencias formadas en sus círculos por los astros; y en Jerusalem parece uno de aquellos filósofos, que conversaban con Alejandro en el carro de sus triunfos, y que le auxiliaban á sembrar la idea griega en el Oriente. Y este doble carácter se debe á que Philon es una de esas almas, que permanecen idénticas á sí mismas en toda la vida, y que habiendo oido á un tiempo las salmodias hebreas y los cánticos griegos, habiendo orado en las sinagogas y en los templos paganos, habiendo leído la Biblia y los libros de Platon, habiendo adorado aquel pueblo judío, que en medio del desierto habia levantado un santuario para su Dios, y aquel pueblo griego, que entre las olas del Mediterráneo habia levantado un templo de mármol para un hombre, indeciso entre estas dos doctrinas, entre estas dos grandes edades de la historia, como el espíritu de su siglo, quiso unir las, identificarlas en el seno de su alma, para formar de esta antítesis una como divina armonía.

El espíritu de Philon es primitivamente oriental. Dios llena todos los abismos de su alma. Dios es la palabra siempre fija en sus labios, Dios la idea siempre viva en su inteligencia, Dios el eterno amor de su corazón, Dios su vida, porque en Dios toma su luz el sol, su matiz el resplandor la luna, sus matices el cielo, sus rumores el Océano, su magestad la noche, su claridad el dia, su movimiento todo lo que se mueve, la ley de su forma todo lo que vive, su existencia todo lo que es, porque Dios es mas bueno que todo bien, mas hermoso que toda hermosura, mas verdadero que toda verdad, mas sencillo que la uni-

dad, mas esencial que la esencia, mas vivo que la vida, mas real que el sér, porque Dios tiene por lejanos écos de su palabra los vientos, por apagados reflejos de su gloria los mundos, por ténues emanaciones de su luz las ideas, porque Dios es el que es, y ninguna palabra podrá expresar su nombre inefable, y ningun espíritu llegar hasta su invisible é innarrable grandeza.

Y el conocimiento de Dios es para Philon el verdadero conocimiento, y la ciencia de Dios es la verdadera ciencia. Mas para alcanzar la ciencia divina sigue un procedimiento contrario al procedimiento griego, funda un axioma opuesto al axioma de Sócrates. El gran filósofo griego habia dicho que el conocimiento de toda idea, de toda verdad, el conocimiento de Dios mismo está fundado en el conocimiento del alma, en el estudio del hombre y de su conciencia; pero el filósofo judío, ménos humano, mas místico, cree que el alma no llegará nunca á la ciencia, que no comprenderá la verdad como no se niegue á sí misma, como no se pierda y aniquile por el éxtasis, por el arrobamiento, por la oracion, por todo aquello que la lleve á su propio olvido. El orgullo que es la esencia del pecado, se levantará siempre como una niebla espesa entre la criatura y el Creador. El alma para presentarse ante Dios, para llegar hasta el conocimiento de su bondad, de su verdad de su hermosura, debe, como los serafines, cubrirse, envolverse en sus alas, para que no le ciegue la luz de la eterna verdad, luz tan intensa que abraza los ojos humanos.

Dios, segun Philon, no ha podido revelarse á sí mismo y en su propia esencia. Para revelarse, para darse á conocer al hombre ha necesitado un intermediario, un revelador. Su eterna palabra, cayendo sobre el hombre, lo hubiera abrasado como el fuego del cielo abraza á la pobre arista. Su esencia hubiera consumido nuestra esencia como la ardiente lava del volcan consume toda vegetacion y toda vida. Su idea absoluta hubiera estallado en el frágil vaso de nuestra pobre conciencia. Dios es irreveleable al hombre. Pero Dios tiene sabiduría, y la sabiduría de Dios puede revelarse al hombre. Y su sabiduría es su Verbo, sí, su Verbo, mediador entre el hombre y Dios, instrumento de su revelacion, eco de su palabra, reflejo de su esencia, que dulcifica la eterna luz de Dios como la luna recogiendo en su disco los ardientes rayos del sol, los envia á la tierra mas dulces, y mas serenos, y mas melancólicos, y mas propios para que puedan bañarse en ellos los frágiles globos de nuestros pobres y empañados ojos; y por lo mismo que no está en la naturaleza de Dios, segun Philon, re-



velarse en esencia, no está crear por su propia voluntad, por su propio esfuerzo, no es permitido aplicar á Dios esta palabra. El poder, la fuerza creadora de Dios, su virtud vivificante, no reside en sí mismo, no, reside en su Verbo. Así como el Verbo es poder, es también el Verbo vida. El Verbo no es Dios mismo, según Philon, no. Dios retirado en la soledad de la esencia, en el recóndito seno de su propia sustancia, quiso un día crear, y creó. Y su primera obra, su primogénito fué el Verbo. En el Verbo, primer esfuerzo de su amor, primer palabra de sus labios, puso todos los dones, la sabiduría, que penetra hasta los últimos y más profundos abismos; el poder que refrena todos los elementos; la luz que, inunda todos los cielos; la fuerza, que mantiene todos los astros; la vida, que puebla de seres todo el universo; el eterno, el infinito amor, que esparce y reparte y difunde por las venas de la creación, la vida; el soplo inmortal de que nacen todos los invisibles espíritus; el secreto, en una palabra, de todo ser, de todas sus creaciones.

Para crear Dios al hombre necesitaba un arquetipo. Todas las cosas que son en el mundo real, tienen un modelo en el mundo inteligible. Sin este modelo á que ajustarse, la creación no sería, como no sería la estatua sin la mente del artista, aunque el brazo diera con el cincel golpes en el mármol. Mas allá de los cielos y de los astros se levanta ese mundo invisible, donde están en idea todos los modelos á que se han ajustado todos los seres. Allí tienen su ideal, su norma desde la estrella hasta la luciérnaga, desde el sol hasta la pobre esponja perdida en el limo de los mares. Pero este mundo ideal, este mundo arquetípico, este mundo-modelo, se halla contenido en la inteligencia del Verbo. Por eso el Verbo es el eterno artista de la naturaleza, el pintor que con su dedo ha teñido de rosa la aura, de encendido carmin el sol, de desvanecido celeste los aires, de hermosos matices los iris, de variedad infinita de colores los campos; el músico, que ha enseñado á susurrar el arroyo, á bramar á las olas, á murmurar á los bosques, á gorgear á las aves; el arquitecto, que levantado las montañas, que ha hundido los valles, que ha hecho las islas, que ha cortado los continentes, que ha colgado del cielo esas lámparas que se llaman estrellas; el escultor, que sin ningún cincel ha modelado esta eterna estatua, este tipo de la hermosura y de la fuerza, el cuerpo humano; el poeta, que para comentar todos estos colores, todos estos matices, todos estos reflejos, ha escrito un eterno poema, que se llama la imaginación, la fantasía del hombre.

Dios, en sentir del filósofo judío, no podía crear el hombre á su semejanza. No es posible que esta pequeña frente se parezca al eterno pensamiento que todo lo abarca, ni estos ojos á la eterna luz que todo lo ilumina, ni esta vida de un día á esa eterna vida que todo lo fecunda, ni esta pobre organización á esa divina hermosura que todo lo forma y lo hermosea, ni en una palabra, este ser limitado, que apenas nace muere, á el ser absoluto é infinito que se asienta en los cielos sobre la cúspide de la creación, sobre el océano, donde se revuelven y chocan todas las existencias, perfecto é inmutable. Pero así como naturaleza no podía ser, si no había sobre ella un modelo eterno é invisible, el hombre no podía ser sino en sus arquetipos, á que ajustar su organización y su vida. El tipo del hombre es el Adán divino, engendrado en la eternidad, en el Verbo. En él está virtualmente la idea de la creación; en él la norma de toda la vida; en él los ejemplares de todas las cosas; en él, en fin, el tipo, el ideal de nuestra organización y de nuestro espíritu. El hombre, pues, según Philon, no fué hecho á semejanza de Dios, porque Dios no puede tener ni aun semejanza en la creación; el hombre fué hecho á semejanza del Verbo, en el cual residen todas las virtudes que constituyen la naturaleza racional.

Pero si en la creación no hay cosa que se parezca á Dios, la creación y el hombre ¿estarán alejados de Dios? No, responde Philon. El mundo se comunica con Dios, el hombre también se comunica con Dios. El Eterno hizo de una materia más brillante, más trasparente, más hermosa que la naturaleza humana, los ángeles, sus emisarios. Los ángeles son como Verbos menores, incorporables, que se estienen por toda la creación á sostener sus criaturas. Si la flor exhala un aroma, es que lleva envuelto en su corola el espíritu de un ángel; si la estrella brilla en la soledad de la noche, es que un ángel la tñe con su luz; si el ave vuela y se pierde gorgearando en los espacios, es que le impulsa un ángel; si el árbol susurra y mueve sus hojas, es que se posa un ángel sobre sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, son los ángeles los que llevan el compás de este movimiento, y adelantán y retardan los mundos para que no se choquen y no desconcierten la armonía del Universo. La comunicación individual de Dios con el mundo se realiza por el intermedio de sus ángeles, que llevan en sus alas un soplo de su aliento creador, como las mariposas se perfuman en las flores, y se tñen en sus matices. Pero esta comunicación es la comunicación individual, y el Universo necesita una comu-



nicacion universal con Dios. Subiendo á las mas altas montañas y bajando á los mas profundos valles, viendo el indómito océano agitado por la tempestad, y la trémula gota de rocío suspendida en las hojas de las flores; escuchando el bramido del huracan que se levanta como á derreacar de su asiento el mundo, y la mansa brisa que se mece entre las florestas; abarcando con la imaginacion desde el sol que centellea sobre el universo hasta el último grano de polvo escondido en las profundidades maravillosas del mundo invisible; mirando toda la creacion, se ve que de la misma vida participan todos los seres, que en la misma sustancia se empapan todas las cosas, que del mismo aliento se vivifican todos los mundos, que el alma universal llena toda la creacion, y con su virtud la alienta y la sostiene. El mundo se comunica con Dios individualmente por medio de los ángeles, esencialmente por medio del alma universal.

Mas ¿y el hombre? ¿Qué es el hombre? Ese ángel desterrado que lleva en su mano una lira del cielo, ese pobre viajero que atraviesa senderos sembrados de espinas siempre en pos de una patria celestial que nunca encuentra, ese poeta que sobre el borde de un abismo, y bajo el peso del dolor idea seres, finge mundos ¿es un átomo perdido en el torbellino de todas las cosas? Philon muestra bien su naturaleza oriental en lo poco que se para á contemplar al hombre. El alma no tiene una actividad propia, no, Dios trabaja en el alma. La actividad, la fuerza de espíritu, no es mas que la actividad, la fuerza de Dios que en ella reside tambien. El alma es vegetal, es animal, es racional. Como vegetal vive cual vive el helecho, como animal se mueve como se mueve la paloma, como racional piensa. Pero el alma para identificarse plenamente con el objeto de su actividad, para llegar al cumplimiento de su destino, necesita unirse á Dios. Y la union del alma con Dios se realiza por medio del entusiasmo, del arrobamiento, del éxtasis, que nos hace sacudir los átomos de leve polvo depositados por el mundo en nuestro espíritu, y nos levanta hasta la luz increada, hasta la esencia incommunicable, hasta Dios; porque á medida que el alma sale fuera de sí, entra en su creador, y se pierde en el cielo.

La doctrina del mundo, despues de la doctrina del alma, completa todo el sistema de Philon. El misticismo oriental se revela en toda esta parte de su sistema. El mundo sensible tiene un ideal en el mundo inteligible. Este ideal es el Verbo. Pero la materia fué no creada, sino fundada por Dios. El mundo material es una creacion inferior á la supremacia divina. Asi, por ejemplo, los ángeles hicieron

nuestro cuerpo, y el Verbo nuestra alma. Y las cosas sensibles fueron tambien obra de arquitectos inferiores al divino arquitecto. Los seis dias de la creacion muestran las esferas, las escalas de todos los seres, las grandes gerarquias del universo. Mas para crear el mundo, para combinar sus innumerables sustancias, para enlazar sus formas, se necesitaba una idea superior, tipo invisible de todo lo visible. Y esta idea, y este tipo superior, y este ideal, bajo cuya mediacion se preformó el universo, fué el número. Los números combinándose en seres, los números agregándose, los números encerrando los filamentos con que se habian de tejer las varias formas que en la reacion revisten todos los seres, todos sus innumerables individuos. Sin el número no se hubieran tejido las sustancias, no se hubieran combinado las formas. Así como el Verbo es ideal absoluto del mundo sensible, los números son los ideales particularísimos de las diversas creaciones derramadas en el Universo. Estas son pues las ideas generales de Philon, estos, ligeramente recordados, los fundamentos de su sistema.

El mundo oriental ha encontrado al mundo griego, le ha visto, y le ha amado. Ha sentido que estrechaba contra su seno un hijo de su corazon que respiraba una esencia perdida de su alma. Ha adivinado que el espíritu humano en larga peregrinacion por la tierra, es siempre idéntico á sí mismo, y que ningun pensamiento viene estérilmente al mundo. En aquella filosofia griega maldecida por sus padres, el mundo oriental ha encontrado las consecuencias de sus premisas, el corolario fatal de toda su lógica. Conociendo que apegado á su sentido antiguo se perdía irremisiblemente, ha renovado sus sentidos y su alma. Philon preparaba en la escuela esta síntesis de dos mundos, que el Cristianismo realizaba en el cielo, y Roma en la tierra. Adoremus, adoremus á la Providencia. La mitad de la historia de la humanidad se hubiera perdido para la otra mitad, sin este esfuerzo supremo del espíritu humano, para ligar, para unir dos continentes enemigos. Son dos suspiros que se penetran, dos almas que se confunden, dos hijos que se encuentran, despues de haberse herido bajo el techo amoroso de su padre. Philon ha unido pues el espíritu oriental con el espíritu griego. Si habeis fijado la atencion un instante en su por mí mal espuesta doctrina, habeis visto que Dios es un hebreo y bíblico; que su Verbo es semi-judío y semi-platónico; que sus ángeles tienen algo de la teogonia de los persas y de las tendencias de la academia; que el espíritu universal, que anima el mundo, es



puramente estóico; que el alma del hombre es semi-mística y semi-aristotélica; que su creación es persa, india y hebrea á un mismo tiempo; que las formas de la creación son esencialmente pitagóricas, y la moral de todo punto esenta, de suerte, señores, que en él veis dos mundos que al hablarse no se entienden y confunden, pero que se abrazan y se preparan á identificarse en un mismo pensamiento.

Después de examinar este movimiento del espíritu humano, ya es fácil de comprender el sincretismo característico de las escuelas gnósticas. Cuando el Oriente y el Occidente se unían, cuando los dioses de todas las teogonías andaban errantes por el mundo, cuando las razas iban como en peregrinación á Roma á llevarle la sangre de todos los pueblos, cuando el Panteón se habría para recibir las reliquias de todas las religiones; cuando Alejandría llamaba con la voz de sus sabios á todos los pensadores del mundo á refugiarse en sus escuelas; cuando el místico Oriente despertaba de su arrobamiento para aprender en la conciencia de su eterna enemiga, la Grecia, una nueva idea; cuando el espíritu griego se exhalaba de su preciosa ánfora, y derramado por los sucesores de Alejandro se infiltraba en la Palestina, en la Siria en el Egipto; cuando Platon llevaba á Grecia al pié de los altares orientales á recibir el bautismo de la pristina vida de la humanidad; cuando Aristóbulo y Philon reconocían que el Oriente había engendrado á Grecia y unen estos continentes como el hijo se une al padre; cuando todo esto sucedía en la conciencia y en espacio: no es maravilla que naciera una escuela sincrética para unir el Oriente con Grecia, el espíritu cristiano con el espíritu clásico, el genio del maniqueísmo con la unidad de Dios; porque todas estas ideas eran el esfuerzo del espíritu humano para encontrar la verdad, secreto de la nueva civilización, ley de aquel gran siglo.

El gnosticismo era en verdad un peligro para la idea cristiana, pero al mismo tiempo era un poderoso auxiliar. Era un peligro, y un peligro vivísimo y amenazador, porque intentaba quitar á la verdad cristiana aquel carácter moral y aquella fuerza práctica, en que consistían sus principales virtudes; y al mismo tiempo era un poderoso y vivísimo auxiliar, porque reunía todas las ideas, las condensaba, las ofrecía al juicio universal y absoluto de la nueva religión. Como Roma cumplía el gran destino de llevar todos los pueblos delante del Capitolio para que el Cristianismo pudiera más fácilmente convertirlos y bautizarlos, las escuelas gnósticas llevaban todas las ideas, las reunían en presencia del espíritu cristiano para que rechazase las erró-

neas y admitiese las que podían favorecer sus progresos. Este trabajo del gnosticismo era un doble trabajo de descomposición y de unión. El trabajo de descomposición era útil á la verdad cristiana, porque iba quitando obstáculos en su camino, iba enterrando cadáveres que podían emponzoñar el aire en su triunfal carrera. El trabajo de recomposición contribuía con su sincretismo de poderoso auxilio para que la idea cristiana lograra recomponer la perdida unidad del espíritu humano. El gnosticismo contribuye también á separar al cristianismo de las ceremonias antiguas, de los antiguos ritos; porque ofrece el carácter de una gran oposición al pueblo judío. Pero si todo esto es cierto, no es ménos cierto que esa escuela señala en su idea principal, en su carácter más elevado, en su espíritu más propio y más ingenuo, la indecisión, las vacilaciones del espíritu humano, que aún no bien conocedor del Cristianismo, quiere enriquecerlo con los despojos de todos los pueblos, y lo hace místico en Siria, naturalista en Egipto, maniqueo en la Caldea y en Persia, pagano en el mundo clásico; y une á sus sencillas primitivas ideas, á sus dogmas tan propios para alimentar el espíritu humano, á sus ingenuas y candorosas verdades, las gerarquías de sus genios, las milicias de sus dioses, el cortejo de sus espíritus infernales, el horror al mundo sensible, el desprecio al hombre, el entusiasmo por el éstasis, por el misticismo vago, que petrificando al pié de un bosque oriental la gran idea, le hubiera quitado toda la divina eficacia que en sí tenía para salvar al mundo.

Naturalmente debía acompañar al cristianismo el nacimiento de estas dos sectas, que conocían muy imperfectamente esta doctrina, y la adulteraban con grandes y continuas adulteraciones. Eran estas sectas como el niño, que balbucea una palabra que no entiende. Abrazando el Cristianismo más bien con el sentimiento que con la inteligencia, estremaban sus ideas, y viciaban sus tendencias. El Cristianismo, como doctrina verdaderamente celeste, era universal, y como doctrina verdaderamente regenerada, era moral y práctico. El gnosticismo quería arrebatarse estas dos grandes virtudes, que tenían y guardaban el secreto de su poder y de su gloria. Quería hacer de una doctrina universal, una doctrina apropiada solo á una región del mundo; de una doctrina moral y práctica, una doctrina mística exaltada y fantástica. Quería naturalmente el gnosticismo llamar más la atención de los pueblos, distraer las inteligencias de la moral con el espectáculo de una metafísica audaz y varia y brillante, poblar el genio severo del Cristianismo con géneos y dioses; atraerse la fé no por